



Espacio Abierto

ISSN: 1315-0006

eabierto@cantv.net

Universidad del Zulia

Venezuela

Seoane C., Javier B.

Una sociología dialógica y crítica

Espacio Abierto, vol. 25, núm. 3, julio-septiembre, 2016, pp. 23-36

Universidad del Zulia

Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12249678001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



# Una sociología dialógica y crítica

*Javier B. Seoane C.\**

---

## Resumen

Se ofrece una discusión parcial sobre el advenimiento de la identidad de un sociólogo dialógico y crítico en la sociología venezolana por medio del estudio del caso de la evolución histórica de la formación profesional sociológica de la Universidad Central de Venezuela y su nexa con el debate de las últimas décadas en la teoría social contemporánea expresado en las corrientes posmodernas y las teorías críticas de Habermas, Wallerstein y el poscolonialismo.

**Palabras clave:** Sociología; Venezuela; identidad profesional del sociólogo; dialogicidad; criticidad

Recibido: 13-06-16 / Aceptado: 28-07-16

# Towards a dialogic and critical sociology

---

## Abstract

This paper provides a progress report on the coming of a dialogic and critical sociologist in Venezuelan sociology. It paper studies the case of the historical evolution of sociological formation at the Universidad Central de Venezuela and its link with the recent contemporary social theory in relation to the postmodernism and critical theories of Habermas, Wallerstein and postcolonialism thought

**Keywords:** Sociology; Venezuela; professional identity sociologist; dialogicity; criticality.

*A Heinz R. Sonntag, in memoriam*

## I

Antes que nada celebramos que la revista *Espacio Abierto. Cuaderno venezolano de sociología* llegue a sus 25 años y felicitamos a la Universidad del Zulia y al editor de tan prestigiosa publicación, Dr. Alexis Romero Salazar, así como a los equipos editoriales que lo han acompañado durante este tiempo. Se ha tratado de un esfuerzo inmenso, transido por diferentes adversidades propias de un país en crisis histórica, crisis de un modelo rentista que menosprecia el trabajo productivo en general y, particularmente, el trabajo académico.

Durante estas tres décadas no ha sido poca la discusión que en materia de enseñanza, reflexión e investigación se ha dado en la sociología venezolana, actividades que Espacio Abierto ha difundido en su más elevado nivel, y que como ninguna otra publicación del país lo ha hecho sin perder continuidad. Este breve trabajo pretende ofrecer un informe parcial sobre esa discusión, parcial en tanto que no cubre la discusión en toda Venezuela, pues la riqueza que encontraríamos ameritaría un texto mucho más extenso que el que aquí se presenta. Parcial, porque me he ajustado a mi pequeño espacio académico, el que corresponde al área de teoría social de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela (UCV).

Más que entrar en especificidades que de nuevo alargarían en exceso este escrito, se ofrece un marco general que entiendo ha cobijado el debate en nuestro ámbito universitario. Este marco se estructura en el siempre nutrido nexo entre epistemología, ética y teoría

social, de modo que los cambios de la identidad sociológica se han de comprender como cambios en las identidades epistemológica y, viceversa, los cambios epistemológicos han impactado directamente en cambios en las formas de concebir la sociología. Y esa relación se manifiesta, a su vez, en la eticidad del sociólogo frente a su ser profesional y lo que éste implica: su justificación ante sí, ante su conocimiento y ante su sociedad. Así, la conexión entre las dimensiones epistemológica y ética de la teoría social ha de objetivarse en los perfiles profesionales, en las identidades profesionales del sociólogo, y dichas identidades han de sedimentarse en los planes de estudio que forman a ese sociólogo. El campo de las ciencias sociales nunca ha dejado de mostrar una peculiar sensibilidad sobre este problema de la identidad disciplinaria y profesional. Sus estudios y sus productos, mal que bien, están directamente imbricados con cuestiones políticas y éticas, razón que coadyuva a que las ciencias sociales no hayan cesado de reflexionar sobre sí mismas. La sociología venezolana no es excepción de ello. Por ello, y de nuevo, la parcialidad de este informe sobre la sociología en el país se debe, pues, a que por una parte se concentra en la evolución a partir de la Escuela de la UCV y, por otra parte, se debe a que esa evolución se sigue bajo la línea de los cambios del perfil profesional que se ha querido formar.

Empezaremos seguidamente (II) con una breve reseña del trayecto histórico-identitario de la Escuela de Sociología de la UCV desde su fundación hasta 1984 con la finalidad de, en III, ubicar la discusión del último cuarto de siglo como una réplica al positivismo y el marxismo que hegemonizaron la formación sociológica durante más de treinta años. Después, en IV, se mostrará la articulación de dicha discusión con la teoría social de estas décadas recientes, seguida a partir de cuatro casos expuestos sucintamente (las corrientes posmodernas y las respuestas a las mismas por parte de las teorías críticas de Habermas, de Wallerstein y de la corriente poscolonial) para, en V, cerrar con lo sustantivo de esta discusión actual en lo que refiere a la identidad de la sociología y del sociólogo más reciente.

## II

La enseñanza e investigación sociológica profesional en la UCV ha pasado claramente por tres etapas<sup>1</sup>. En este apartado nos concentramos sintéticamente en la primera y segunda. La primera, desde su fundación como Departamento de Sociología y Antropología en 1953, llega hasta 1969, y estuvo marcada por una identidad de la sociología como profesión especializada cubierta bajo el paraguas del paradigma estructural-funcionalista. El Departamento resultó de un convenio entre las autoridades universitarias nombradas por la intervención de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y la Universidad de Wisconsin, que proporcionó un grupo de profesores entre los que se contaba el primer Director, George Washington Hill. Cuentan los testimonios de los primeros estudiantes que las clases eran guiadas por los profesores quienes leían traduciendo al español las obras recientes de Talcott Parsons. Nada de extraño cabe en ello. La sociología, como gran parte del mundo cultural occidental, tras las guerras mundiales se había trasladado de Europa a Estados Unidos. Su nuevo centro hegemónico coincide con el ascenso del enfoque estructural-funcionalista liderado por Parsons para ese período, que venía de desplazar al enfoque interaccionista identificado con la Universidad de Chicago. Por otra parte, ello no deja

1 Para la elaboración de este apartado sobre la evolución de la identidad teórica de la Escuela de Sociología hasta 1984 seguimos en lo básico a Castro (1988) y Albornoz (1970).

de guardar un nexo con el nuevo contexto de guerra fría y coexistencia entre los bloques capitalista y socialista, entre Washington y Moscú. El capitalismo occidental se transformó desde la década de los treinta dando un rol cada vez más activo al Estado y, a partir de 1945, reforzó el carácter social de ese Estado, conocido de ahí en adelante como *Welfare State*. Este Estado benefactor demandó un papel activo y central de la sociología y demás ciencias sociales, llegando a ser el sociólogo un interlocutor con bastante legitimidad en la elaboración de las crecientes políticas públicas, en la prensa y en las tertulias de televisión y radio, un papel que desde la década de los ochenta, década del desmantelamiento de ese Estado, cumplirá más el economista.

La teoría de Parsons, como bien ha referido A. Gouldner (1973), pretende ofrecer un marco general, una cartografía de la sociedad del Estado nacional moderno y los subsistemas que la integran, que sirve de orientación para el diseño, ejecución y evaluación de políticas públicas y programas sociales. En dicho contexto, el sociólogo se transforma en voz autorizada, presentándose socialmente como un profesional dotado de un lenguaje especializado de no fácil comprensión, un lenguaje que ha de ser escuchado por un público que no se ha “quemado las pestañas” en el estudio universitario de la disciplina. A su vez, esta representación converge con el marco epistemológico predominante para la época, dominado aún por el positivismo lógico, el epicentro en el siglo XX de la concepción científica del mundo (Heidegger, 1990): una aproximación gnoseológica lógico-matemática del universo con vocación técnica que, en el caso que nos concierne, el universo sociológico, se concibe como extensión y continuación del universo físico. El positivismo trató de constituir una ciencia unificada bajo criterios metodológicos verificacionistas, conjugando el empirismo con la revolución en la lógica y la matemática que desde el siglo XIX emprendieron Frege, Russell, Whitehead, Wittgenstein, Carnap. Será para la sociología la gran época de los *surveys*, de los estudios estadísticos, los cuestionarios, las encuestas y las entrevistas, los estudios de mercado y de la opinión pública, de los métodos cuantitativos. Pero también será la época en la que se comienza a formar el canon clásico de la disciplina, el canon que dará la identidad teórica y la agenda de problemas (Wallerstein, 2007) a estudiar, que establecerá los límites profesionales a seguir, las pautas.

Reina en este primer período de la Escuela de Sociología de la UCV la identidad profesional del especialista, una que converge con los esfuerzos iniciales de Durkheim por legitimar el campo sociológico al establecer una ruptura epistemológica (Bachelard) entre las prenociones del lego y el saber científico profesional. Se trata de un sociólogo constituido sobre una ética de la neutralidad axiológica en el conocimiento, que rechaza tener compromisos con fuerzas sociales concretas, pues su tarea es con su propio saber, con sus técnicas y con las solicitudes de su cliente en tal materia. Su concepción del saber resulta de naturaleza procedimental en cuanto que el acento disciplinario se coloca sobre los métodos y las técnicas de investigación, generalmente con la ambición de obtener control de variables y predicciones. De este modo, en el plano epistemológico generalmente parte de la representación positivista de las ciencias naturales, especialmente de la física matemática moderna. El esquema epistémico cartesiano —clara separación entre sujeto y objeto y reducción de éste último a sus partes más simples— de este perfil impulsa actitudes fragmentarias y cosificadoras de lo social. Hay una búsqueda cognoscitiva

de naturaleza nomotética y la relación profesional con el objeto de estudio se instituye por una concepción de la jerarquía de los saberes. La autoridad del saber recae sobre el autoproclamado interlocutor legítimo, es decir, sobre el sociólogo.

La segunda etapa de la formación del sociólogo en la UCV va ganando presencia paulatinamente en la década de los años sesenta del siglo pasado hasta que se inaugura oficialmente en 1970. El especialista de la primera etapa da paso al profesional misionero. Como el especialista, este también se define como portador de un saber que muchas veces se oculta al lego, sólo que por razones diferentes. Esto es, si el lego desconoce el valioso saber no es porque carezca de información, teorías y entrenamiento, sino porque algún tipo de intereses dominantes le velan ese tipo de saber o porque alguna situación aberrante lo limita para su comprensión. En consecuencia, el sociólogo misionero se siente «llamado» a concienciar a las mentes necesitadas, siendo precisamente esa su encomienda, su misión evangelizadora. De acuerdo con ello, su ética profesional está marcada por el «compromiso con...», por tanto, rechaza el ideal prístino de la neutralidad axiológica. El saber no se defiende como fin en sí mismo, sino como medio para la realización o redención de la humanidad negada. Impugna la separación entre ciencia y técnica o entre ciencia y práctica, pues una conlleva necesariamente a la otra. Su práctica se orienta en términos redentores. Así, el eje disciplinario ronda la relación entre teoría y praxis, siendo su actitud teórico-metodológica más sintética que analítica y, sobre todo, crítica. Su modelo epistemológico apunta, en este vector, más bien hacia la interdisciplinariedad y transdisciplinariedad, si bien bajo la hegemonía, muchas veces dogmática, de una teoría única. Impugna la tradición cartesiana, reclamando una orientación humanística y redentora. Su relación con el objeto de estudio suele marcarse por actitudes dicotómicas reducibles no pocas veces a una lucha entre fuerzas benévolas y malignas u opositoras, o entre dominadores y emancipadores.

En cierto sentido, en esta etapa, la universidad se pondrá al día con el contexto sociológico reinante en occidente, pero también con el contexto mundial de esos años, porque, finalmente dichos contextos no son ajenos entre sí, sino momentos de una misma totalidad. Durante ese período las corrientes marxistas se revitalizaron y los conflictos sociales y culturales estallaron por doquier, no quedando incólumes las universidades occidentales. Fue el tiempo de la batalla por los derechos civiles y humanos en Estados Unidos, por el rechazo mundial a la guerra de Vietnam; fue el tiempo de los movimientos contraculturales en América y Europa, de la esperanza en otro futuro latinoamericano que se gestó con la revolución cubana y su resistencia ante los intentos de desestabilización internacional, esperanza que se expandió en forma de conflictos guerrilleros a lo largo del continente. Fue el tiempo de la liberación femenina y sexual, pero también de la impugnación de los viejos modelos universitarios recusados de autoritarios, fue el tiempo de los movimientos estudiantiles y, en la teoría social, del creciente auge de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, particularmente en la versión utópica de Herbert Marcuse tan cara a esos movimientos estudiantiles. A partir de mediados de los sesenta, en la Escuela de Sociología profesores y estudiantes desarrollan su voluntad de sospecha en torno a la enseñanza impartida y los modelos de investigación empleados, voluntad que converge con la crítica académica mundial al estructural-funcionalismo y el ascenso de la llamada sociología del conflicto (Dahrendorf, Coser, Rex, entre otros) que cuestionará la ausencia

de Marx en el canon clásico de la teoría social establecido por Parsons.

A finales de 1969 se impondrá esta etapa con el movimiento crítico de renovación académica dando como resultado un nuevo currículo para la formación del sociólogo, esta vez comprendido desde una visión estructural-marxista. Predominan Althusser, Poulantzas y Sweezy. Formar cuadros políticos para la revolución no deja de conjugarse con la formación del sociólogo. Hemos pasado de un paradigma a otro, de una hegemonía académica a otra, del estructural funcionalismo al marxismo reinante en los sesenta y los setenta. La perspectiva en una y otra etapa, y aquí lo relevante para este informe, es monológica: se impone un contenido teórico-epistemológico como el privilegiadamente científico. Ello se expresa en planes de estudio rígidos, cargados de asignaturas obligatorias y prelación entre ellas, planes de estudio que nos dicen desde la mayor de las convicciones “la sociología es ésta y para ser sociólogo esto es lo que se precisa estudiar”. No hay opciones.

### III

La segunda etapa de la Escuela de Sociología de la UCV transcurre entre 1970 y 1983, no obstante, ya a finales de la década está agotada. Desde 1978 se va dando una intensa discusión sobre la identidad disciplinaria de la sociología y la formación del sociólogo. En ese mismo año abre el primer curso del Doctorado en Ciencias Sociales, desde el que Jeannette Abouhamad y Zdenek Strimska (1981) promueven la discusión sobre el carácter pluriparadigmático de las ciencias sociales. Abouhamad llevaba tiempo introduciendo el papel del psicoanálisis en las corrientes teóricas y epistemológicas de la teoría social. Strimska, con quien había trabajado Abouhamad en Francia, llegó a Venezuela para la inauguración del Doctorado, lugar en el que ofreció su versión crítica de la epistemología postpositivista y, más específicamente, de la propuesta en materia de historia y filosofía de la ciencia de Thomas S. Kuhn. Entre 1978 y 1984 se da una prolongada discusión orientada a la reforma curricular de la Escuela que recoge un debate que dará lugar a un cambio radical en la identidad de la sociología y el sociólogo en la UCV.

Una nueva tónica epistemológica se hacía sentir en la sociología venezolana, una tónica diferente de las monológicas corrientes positivistas y marxistas. Se articula con lo que desde 1945 viene ocurriendo en la filosofía de la ciencia: su alejamiento del proyecto positivista y sus ejes en torno a la concepción representacional del lenguaje consumada en el *Tractatus* de Wittgenstein. Precisamente la obra tardía de Wittgenstein, expuesta sistemáticamente en las *Investigaciones filosóficas*, crítica con su *Tractatus* y el positivismo lógico, constituye uno de los bastiones de la nueva epistemología postpositivista. Posteriormente aparecerían las obras de Kuhn, Gadamer, Ricoeur, Habermas, Feyerabend, Goodman, Lakatos, Rorty, Putnam, Davidson que, junto con el tardío Wittgenstein, desmontarían los argumentos a favor de un lenguaje privilegiado del conocimiento de lo real. Desde diferentes fuentes y con distintos argumentos se establece con fuerza la tesis de la sobredeterminación de los datos por la teoría, de que para unos mismos datos siempre hay más de una hipótesis que puede dar cuenta de los mismos y que las mismas pueden resultar perfectamente contradictorias. Así, una de las condiciones del conocimiento es la condición hermenéutica: no puede conocerse sin interpretaciones, sin conjeturas. En este contexto, el aporte de Strimska descansa en la crítica de la consideración de Kuhn

sobre el carácter preparadigmático de las ciencias sociales, consideración que coloca a Kuhn en la línea de pensar estas ciencias bajo el modelo tradicional positivista de la física moderna. Para Strimiska, y para la discusión que se va imponiendo en la Escuela de Sociología de la UCV entre 1978 y 1984, la sociología es una ciencia pluriparadigmática por la condición ontológico-hermenéutica de toda vida humana (Heidegger, Gadamer), siendo los paradigmas sociológicos modos de interpretación de segundo grado (Giddens) de la vida social.

En 1984 se inaugura en la Escuela de Sociología de la UCV la tercera y última etapa en cuanto a la formación del sociólogo, la que llega hasta la actualidad y resulta contemporánea con el último cuarto de siglo. La misma da apertura con un nuevo programa de estudios orientado a la flexibilidad curricular mediante la inclusión de un considerable número de asignaturas optativas y talleres articulados con las líneas de investigación de los docentes y los estudiantes. Desaparecen los planes rígidos, basados en cursos obligatorios, de la primera y segunda etapas. Se busca que la identidad del sociólogo sea la de un investigador abierto a la diversidad epistemológica, metodológica y teórica de la sociología. El perfil ético-profesional misional, que había reemplazado al especialista de la primera etapa, da paso a un profesional dialógico orientado al encuentro con los diferentes saberes existentes y con una actitud de escucha ante las comunidades que estudia y ante los paradigmas diversos que estructuran su campo de estudio. Mientras los dos tipos precedentes de profesional están anclados en tradiciones de larga data, el positivismo y el marxismo, en los últimos decenios vienen emergiendo una nueva conciencia, sensibilidad y práctica profesionales en el campo de las ciencias sociales. Se trata de una emergencia deudora de los cambios acontecidos en las sociedades occidentales contemporáneas, entre los que ciertamente caben mencionar las paulatinas presiones por una mayor democratización de todas las esferas sociales impulsada por los movimientos sociales antirracistas, feministas, sexodiversos, contraculturales, etc. En tal sentido, se habla del surgimiento de una cultura posmoderna, así como del paso en el debate teórico-filosófico de un paradigma centrado en la conciencia a un paradigma centrado en la intersubjetividad (Habermas, 1999). Sin duda, estos cambios epistemológicos, éticos y políticos tienen como claro contexto el advenimiento de una sociedad postindustrial y posmoderna. El sociólogo dialógico se presenta más como mediador entre actores sociales en conflicto que como militante de una causa o un especialista. En su marco profesional no hay inclinación por llamar lego al no profesional, sino considerarlo como alguien que tiene algo que decir y que tiene todo el derecho de decirlo y de participar en las decisiones a tomarse. Quizás por ello, el radio de acción del profesional dialógico se ubica generalmente entre las organizaciones no gubernamentales y no dependientes de grandes empresas privadas.

Este cientista social dialógico no se monta sobre el ideal de la neutralidad axiológica como tampoco sobre la convicción de compromisos misionales. Su orientación axiológica apunta hacia las éticas del discurso y de la acción comunicativa, hacia aquellos intentos prácticos por establecer y facilitar un diálogo lo menos asimétrico posible entre actores implicados e interesados en la resolución de conflictos y la definición de determinadas estrategias y políticas a seguir en un contexto dado. Si se quiere, bien se podría decir que este tipo de profesional está impregnado de un *ethos* democrático abierto a la diversidad



y reconocimiento de la otredad. Para este sociólogo, el saber tampoco resulta un fin en sí mismo, sino un medio en la creación de acuerdos y sentidos sociales. Como para el misionero, los saberes científicos, como cualquier saber que se precie de tal, resultan indisociables de la práctica, pero tal indisociabilidad obedece a una visión muy diferente. Mientras que para el misionero la práctica ha de estar en función de una convicción, de alguna especie de verdad revelada, para el dialógico el saber está en función de corroer los prejuicios que levantan los obstáculos al diálogo y el acuerdo. Como el misionero, el dialógico pone a girar su eje disciplinario en torno a la relación entre teoría y práctica, como aquel se inclina hacia las nuevas lógicas de la interdisciplinarietà y transdisciplinarietà y da la bienvenida al hecho de la pluriparadigmaticidad y a la concepción de complejidad (E. Morin) de las ciencias sociales, mas rechaza cualquier cierre dogmático. También impugna categóricamente la epistemología de la tradición cartesiana, empero, a diferencia del misionero no lo hace en función de una ética redentora sino de negarse a cosificar al otro y poder abrir las puertas a su comprensión (Verstehen), el diálogo y el entendimiento. Por consiguiente, su orientación cognoscitiva resulta incluyente por rechazar posiciones dicotómicas entre fuerzas del bien y del mal.

La sociología como disciplina científica formadora de especialistas, afín al paradigma estructural-funcionalista, ya para la década de los ochenta está en retirada de las plataformas institucionales académicas tras las críticas que desde los sesenta había padecido por los lados de, entre otros, la etnometodología, la teoría crítica, la sociología comprensiva, la nueva teoría cibernética de sistemas y las corrientes posmodernas. Igualmente, el marxismo que había cobrado fuerza en los sesenta integrando enfoques estructuralistas, y que se pretendía la única ciencia social, ya después de 1968 había perdido aceptación en los centros universitarios al vincularse parte importante de sus teóricos a las posiciones oficiales de los partidos comunistas de occidente. De este modo, los años ochenta comienzan con otro espíritu, uno que se manifiesta en la nueva etapa de la Escuela de Sociología.

Una vez más, estos cambios no resultan ajenos a transformaciones en los contextos sociohistórico y académico nacional y mundial. Desde la década de los setenta emerge un debate entre posmodernidad y modernidad como proyecto inacabado (Habermas), así como desde 1968 se han deslegitimado los partidos ideológicos tradicionales de occidente, tanto a la derecha como a la izquierda, y, al mismo tiempo, los movimientos contraculturales e insurgentes perdieron su fuerza social y con ellos los idearios revolucionarios. La nueva izquierda mundial tendrá que mantener un diálogo constante con los movimientos sociales que se han ido originando y cuya agenda apunta a políticas democratizadoras de la sociedad.

#### IV

La sociología que se inaugura en la UCV a partir de marzo de 1984 puede entenderse como *aggiornamento*, como puesta al día con el panorama académico mundial de las ciencias sociales, con el espíritu sociológico de los tiempos que corren para esa época y que todavía no han sido superados. A continuación mostramos sucintamente cómo la sociología reciente de Venezuela, de vocación dialógica y crítica, singularmente en lo que refiere al caso de la UCV, ha estado marcada por el nuevo espíritu presentando su articulación con cuatro casos de la teoría social que han dominado el debate académico de finales del siglo pasado y lo que va del presente: las corrientes posmodernas, la teoría de la acción comunicativa de Habermas, la concepción de la sociología como tercera cultura de Immanuel Wallerstein y las corrientes poscoloniales.<sup>2</sup> Para nada se pretende dar cuenta de las mismas ni siquiera en forma sinóptica, apenas se quiere poner en evidencia la relación de estos casos con la identidad dialógica y crítica que, a nuestro juicio, comienza a predominar en el sociólogo de hoy.

Las corrientes posmodernas impugnan cualquier disciplina con pretensiones de ciencia positiva y profesión especializada. La sociología no ha quedado al margen de esta discusión. No cree la postura posmoderna en la ciencia, pues ésta queda subsumida en el metarrelato de la razón moderna (Lyotard, 2000). También el marxismo queda subsumido en este metarrelato siendo denunciado como discurso de la dominación encubierto bajo el manto de la emancipación colectiva. El posmodernismo recoge el desencanto con los partidos políticos, el Estado, la tecnología y el dominio sobre la naturaleza, el desencanto con las profesiones que son vistas como herederas del chamán, obscurecedoras del lenguaje con el fin de legitimar la posición social del profesional, el desencanto con cualquier discurso que pretenda universalidad en alguna forma. El discurso posmoderno rebate las grandes ideas-fuerza de la modernidad –razón, sujeto, historia teleológica, progreso, ciencia, técnica– como ideas míticas derrumbadas por el propio desarrollo teórico que impulsó la ilustración, particularmente el debido a los grandes filósofos de la sospecha Marx, Nietzsche, Freud y Heidegger. Todos ellos descentraron la razón del hombre, aquella centrada en la conciencia cartesiana. El primero mostrando el carácter ideológico que subyace al conocimiento incluso científico, Nietzsche descubriendo la voluntad de poder por medio de sus genealogías de la moral y de la ciencia, Freud ahondando la noción de inconsciente nietzscheana que hace de la razón una racionalización de esa voluntad de poder y Heidegger desmontando con su tesis de la diferencia óntico-ontológica la metafísica de occidente –en la que incluye la subjetividad cartesiana y la modernidad sustentada en ella. Toda esta negatividad lleva a las corrientes posmodernas a una actitud de nihilismo radical (Vattimo) que resulta ambigua en sus interpretaciones, pues, por un lado, se presentan como neoconservadoras al negar los grandes proyectos emancipadores y reducir toda razón a razón instrumental (J. M. Mardones, M. Berman. F. Jameson,

2 No son los únicos casos que podrían tratarse para dar cuenta de la sociología del último cuarto de siglo ni mucho menos, pero de seguro son cuatro muy representativos y que bien se articulan con el carácter dialógico de las epistemologías postpositivistas. Quedan por fuera, por ejemplo, la magnífica sociología reflexiva de Pierre Bourdieu, los posicionamientos constructivistas, las teorías de sistemas de Niklas Luhmann y Ulrich Beck o la sociología de los tiempos líquidos de Zigmunt Bauman. Estas y otras sociologías no mencionadas serán tarea pendiente para próximos escritos.

Habermas, entre otros) y, por otro lado, como democratizadoras al hacer de la diferencia y la pluralidad un reconocimiento de la otredad (Lyotard, Vattimo, R. Lanz, entre otros). En todo caso, más allá de esta ambigüedad cabe decir que estas corrientes apuntalan el carácter dialógico y crítico de los saberes al ponerlos en guardia contra los metarrelatos y los racionalismos normati´istas. El punto es que lo hacen con un carácter disol´ente y nada propositivo –pues lo propositivo se vincula con los grandes proyectos y estos con los metarrelatos que produce el metaproyecto moderno– por lo que desde finales de los años setenta han generado muchas respuestas críticas.

Una de las respuestas más permanentes en las últimas décadas al desafío posmoderno ha sido la de la teoría crítica de Habermas. En su conocida *Teoría de la acción comunicativa*, publicada originalmente en alemán en 1981, procura sistematizar su concepto de racionalidad comunicati´a como articulación de teoría social y praxis. En dicho texto, Habermas reconstruye una sociología en cla´e de ciencia comprensí´a orientada por un interés emancipatorio desde al menos dos vías. La primera es definir como objeto de la disciplina el problema de la racionalidad social. Orden y acción social, producción y reproducción de la sociedad pasan por el establecimiento de pautas racionales que permitan hacer pre´isibles las interacciones humanas. Habermas somete los conceptos de racionalidad elaborados por la teoría social clásica y moderna a una reflexión crítica. Dedicó la mitad de su libro al análisis de la obra de Weber, que nos legó los conceptos de racionalidad material y racionalidad formal-instrumental. En la otra mitad recorre cómo otras corrientes sociológicas han pensado la racionalidad desde lo que denomina el paradigma de la filosofía de la conciencia, esto es, un posicionamiento epistemológico que reflexiona monológicamente desde la conciencia subjetiva (posición del teórico) lo social como objeto. Así, trata a sus maestros de la primera generación de la Escuela de Frankfurt que lle´aron a cabo la crítica de la razón instrumental o el enfoque dramático de E. Goffman, que nos ofrece una racionalidad social estratégica puesta en marcha por los actores en su interés de definir la situación. En esta segunda parte presenta Habermas el enfoque pragmático e interaccionista social de G. H. Mead, al que reconoce como una de las primeras rupturas con el paradigma de la filosofía de la conciencia y el tránsito a otro de la intersubjeti´idad, que reconoce la inseparabilidad de indi´iduo, incluido el teórico social, y sociedad y su constitución lingüística. Con la obra de Mead se anuncia otro tipo de racionalidad, una comunicati´a, orientada al entendimiento, una que no alcanza a ´isualizarse desde el paradigma de la conciencia, como fue el caso de Marx, Weber, Parsons, Goffman, Horkheimer, Adorno, Marcuse y tantos otros. Así, llegamos a la segunda ´ía de reconstrucción de la sociología por medio de una ampliación del canon clásico del campo siguiendo la e´olución del concepto de racionalidad. Una y otra ´ía se yuxtaponen pretendiendo una nue´a relación de la ciencia sociológica con la praxis, ya no desde la ´isión de un especialista que distingue entre hechos sociales normales y patológicos y diseña políticas públicas en función de las demandas del Estado, ni tampoco desde la ´isión de un intelectual que orienta el cambio re´olucionario al aprehender la naturaleza contradictoria de la totalidad social. Ya no como especialista o como misionero, sino como teoría que descubre la e´olución de la racionalidad como e´olución social que apunta a una racionalidad comunicati´a para deliberar democráticamente por medio de procedimientos

argumentati'os en una etapa postmetafísica del espíritu histórico. Por consiguiente, el desarrollo teórico-epistemológico de la sociología descubre una racionalidad dialógica y democrática, a la par que crítica, con que retomar el proyecto moderno en contra de las tendencias irracionistas del posmodernismo. Pisamos, entonces, terrenos dialógicos, pero, a diferencia del discurso posmoderno, se muestra la posible continuación del proyecto ilustrado por medio del establecimiento de una racionalidad comunicati'va que apunte una democracia efecti'vamente deliberati'va.

Otra respuesta que la sociología ha dado en el último cuarto de siglo a la irrupción posmoderna, también en cla'e crítica pero distinta a la de Habermas, la conseguimos en la obra de I. Wallerstein. Este autor dedicó parte de su 'ida a la elaboración de una ciencia social histórica sustentada en el concepto de sistema-mundo que ha extraído fundamentalmente de la obra de Marx y de Braudel. No obstante, desde los años no'enta se ha concentrado en una reconstrucción de las ciencias sociales que ha pasado por la crítica de la 'inculación de estas disciplinas con los centros hegemónicos del capitalismo en forma del establecimiento de las agendas institucionales de in'estigación, docencia y discusión del mundo académico y de la crítica, igualmente, del canon clásico trino de la sociología y sus ataduras con la concepción eurocentrista del mundo. En otras palabras, Wallerstein ha denunciado el ol'ido de la sociología institucional de los problemas y temas de la periferia del capitalismo occidental. Empero, nuestro sociólogo no se ha quedado en la crítica, sino que, con la misma sensibilidad dialógica y democratizadora del espíritu de los tiempos que corren, ha encontrado en la ciencia social la emergencia de una tercera cultura en la que con'ergen las otras dos culturas clásicas de la modernidad que C. P. Snow definió como la humanística y la científica (Wallerstein, 2005). Por una parte, evidencia cómo en las humanidades ha proliferado la perspecti'va sociológica en sus campos de estudio: literatura, cine, arte, filosofía. Toma a los *cultural studies* como ejemplo de ello. Por otra parte, la epistemología de las últimas décadas también ha girado en ese mismo sentido. Aquí los ejemplos son las obras de Kuhn, Feyerabend, Rorty y, especialmente, el programa fuerte de la sociología de la ciencia. Así, la ciencia social se 'uel'e una cultura que sirve de lugar de encuentro a las otras dos, aportando a cada una reflexión crítica, tornándolas autoconscientes. La sociología coincide aquí con aquello que Simmel decía de la misma: es una ciencia sin objeto pues trabaja con los objetos de las otras disciplinas iluminándolos con la perspecti'va social. Y como en Simmel, se trata de una sociología dialógica, en un permanente diálogo entre saberes.

Desde América Latina y otras regiones del llamado "Tercer Mundo", y no sin articulación con los planteamientos de Wallerstein, el poscolonialismo constituye otra respuesta sociológica al reto posmoderno en los últimos 25 años. Desde el ya clásico *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon hasta *Epistemología del sur* de Boa'entura de Sousa Santos, pasando por un catálogo 'ariopinto de autores como entre otros Walter Mignolo, Aníbal Quijano, Edgardo Lander, Enrique Dussel, el poscolonialismo puede entenderse como un desprendimiento crítico del marxismo que enfrenta del mismo modo el presunto carácter conservador del posmodernismo. Entienden las obras poscoloniales que con el fin de la dominación político-militar de los imperios no ha finalizado su dominación ideológica. Muy al contrario, la mentalidad colonial se sigue imponiendo en las propias producciones

culturales hechas por los dominados, producciones que muchas veces pretenden para sí el título de negadoras de la dominación colonialista pero que siguen sumergidas en las mismas categorías de pensamiento de los centros hegemónicos de la globalización. La sociología, como producto cultural, no escapa a este tipo de impugnación elaborada por el poscolonialismo. Como ilustración de ello, se denuncia que los grandes paradigmas de la teoría social y sus clásicos, elaborados de acuerdo con las agendas de problemas de los centros hegemónicos –Europa y Estados Unidos–, con una clara visión eurocentrista del desarrollo social y económico, siguen gobernando la enseñanza y formación de los sociólogos en nuestros países, así como la orientación mayoritaria de los proyectos de investigación. Así, una ciencia social no colonialista tendría que socavar sus propias bases disciplinarias, sus marcos teóricos referenciales y sus enfoques metodológicos. Sobre esto último se rescatan aportes “autóctonos” como las propuestas metodológicas de investigación-acción de Orlando Fals-Borda o las consideraciones de Paulo Freire sobre la pedagogía de la emancipación. Ambos sirven de ejemplo a la vocación dialógica que se aprecia en la reflexión poscolonialista.

## V

Con esta aproximación apenas tangencial a los planteamientos posmodernos y sus contrarreplicas desde la teoría crítica de Habermas, de Wallerstein y de los poscolonialistas, se ha querido ofrecer una pequeña y no rigurosa muestra de algunos derroteros que ha seguido la sociología teórica en las últimas décadas. Sostenemos que estos casos tratados constituyen pilares ineludibles de la ciencia social actual. Los mismos se caracterizan por la asunción de una epistemología postpositivista que entiende que todo conocimiento se encuentra condicionado hermenéuticamente, que toda ciencia descansa en interpretaciones y que para unos datos dados siempre hay más de una interpretación probable, por lo que una ciencia reflexiva tiene que ser necesariamente dialógica. En el caso de las ciencias sociales, además de ser dialógicas entre interpretaciones diversas de los hechos sociales han de ser dialógicas con sus “objetos” de estudio. Esta última prescripción obedece a lo que A. Giddens denominó doble hermenéutica: la ciencia social trabaja con interpretaciones de segundo grado en el sentido de interpretaciones de las interpretaciones de los propios actores sociales. Si los sociólogos quieren cotejar las interpretaciones sobre lo que ocurre en la sociedad, entonces se exige entrar en diálogo con los actores sociales, asumir, como diría Habermas, una actitud realizativa. Esto no significa que el sociólogo no tenga nada que aportar más allá de lo que testimonian los actores sociales, pues, sin duda el análisis social de ella condicionantes y aspectos que escapan a los propios actores. Este carácter del análisis social resulta aceptado por Habermas, Wallerstein y los poscolonialistas y rechazado por el discurso posmoderno con argumentos semejantes a los que H. Garfinkel empleó para cuestionar los lenguajes crípticos de la sociología, particularmente la parsonsiana, basados en el alegato de que nada aporta el sociólogo a lo aportado por el actor social, salvo el enriquecimiento de los relatos. En este sector, suscribimos el carácter conservador que en cuanto a esta última tesis tienen las corrientes posmodernas, por lo que su ser dialógico poco aporta a la democratización de la vida social en comparación con las teorías críticas de Habermas, Wallerstein y los poscolonialistas.

A nuestro entender la sociología de los tiempos recientes tiene una esencia dialógica y crítica. Dialógica por el deñir epistemológico postpositivista claramente hermenéutico. Crítica porque las respuestas a la pregunta sobre el para qué de la sociología difícilmente puedan justificarse sin apelar al esclarecimiento que puedan ofrecer y a cómo dicho esclarecimiento influye en la realidad humana. En este sentido, hasta las sociologías más conservadoras, como para Habermas lo es la teoría de sistemas de Luhmann, aportan esclarecimiento y pretenden mejorar la vida humana orientándonos en la adecuada toma de decisiones sistémicas, decisiones que han de partir, para Luhmann, de la carencia de centralidad humana en estos sistemas. Pero aquí la discusión sobrepasa con creces el alcance de este informe.

Esperamos haber cuando menos sugerido para discusiones ulteriores algunos enlaces argumentales que apuntan en la dirección de que la sociología teórica venezolana, contemporánea con estos 25 años de *Espacio abierto*, ha marchado con el espíritu de los tiempos del debate teórico-epistemológico de las ciencias sociales a nivel global. Al menos, ello parece evidenciarse en el caso del que hemos partido, el de la Escuela de Sociología de la UCV, mas, seguramente encontraremos evidencias semejantes en otros soportes institucionales de la sociología venezolana. En 1984, cuando la Escuela de la UCV comienza una nueva etapa con un plan de estudios que fomenta la enseñanza de la diversidad de la disciplina, de su pluriparadigmaticidad, las corrientes posmodernas y las obras de Habermas, Wallerstein y los posicionamientos poscoloniales apenas comienzan a conocerse porque apenas se están publicando sus textos por esos años, y particularmente aquellos que requirieron traducción al castellano. No obstante, han sido muchos los profesores e investigadores de la Escuela que tempranamente pusieron en diálogo esos textos con el estudio de la realidad social venezolana: Heinz R. Sonntag, Rigoberto Lanz, Edgardo Lander, Roberto Briceño-León, Luis Gómez Calcaño, Augusto de Venanzi son algunos de los nombres que en la sociología de la UCV nos dejaron obras desde la década de los ochenta sobre el debate de la sociología que aquí hemos esbozado. Para los fines de este informe se ha partido de la casa que habitamos día a día, pero basta ojear los índices de *Espacio Abierto* desde su origen hasta el presente para encontrar en el resto de Venezuela más casos, muchos más trabajos repletos de esfuerzo intelectual honesto e interesantes tesis y resultados. El propio nombre de *Espacio Abierto* da cuenta del carácter dialógico y plural de la sociología venezolana. Vaya, pues, de nuevo, nuestra más sincera alegría y felicitación por lo logrado a lo largo de todos estos años.

## Referencias Bibliográficas

- GOULDNER, A. (1973). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HEIDEGGER, M. (1990). *Schelling y la libertad humana*. Caracas: Monte Ávila, Caracas.
- LYOTARD, J. F. (2000). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- STRIMSKA, Z. (1981). "La noción de paradigma sociológico como modelo epistemológico

de la práctica científica” en **Teoría y sociedad**, Nos. 1-2, Caracas: Universidad Central de Venezuela.

WALLERSTEIN, I. (2005). **Las incertidumbres del saber**. Barcelona: Gedisa.

WALLERSTEIN, I. (2007). **Abrir las ciencias sociales**. México: Siglo XXI, 10<sup>a</sup> edición.